

香玉 Xiang Yu y la Peonía Blanca

En los suburbios de la ciudad de Jiao Zhou, a la ladera del Monte Lao había un humilde templo taoísta llamado Xia Qing Gong, que quiere decir “Palacio de la Pureza Inferior”. Sus sencillos salones se distribuían sobre un eje que atravesaba el templo de norte a sur, y estaban conectados por varios patios. No era un lugar muy visitado por lo cual se mantenía tranquilo y silencioso. Sin embargo, a esa soledad se le contrastaba la vitalidad de su patio posterior, en donde se mostraba el pleno vigor de la naturaleza. Era un enorme jardín, hermoso por las variadas flores en especie y color que crecían en él, todas compitiendo en belleza.

Lo que más llamaba la atención estaba en el centro. Allí, se elevaba un imponente árbol de hojas perennes que medía cinco metros de alto y varios de ancho; y cerca de éste, crecía una planta de peonía que medía aproximadamente dos metros de alto. Cuando llegaba la primavera, ésta florecía y daba espléndidas flores blancas con pétalos tan tiernos y hermosos como la seda y el brocado. El árbol y la planta se hallaban muy cerca uno de la otra y parecían reinar entre los demás de su especie.

Al lado del jardín se alineaban unas pequeñas vi-



viendas que recibían a las personas que querían disfrutar, por lo menos temporalmente, de una vida tranquila en el templo, como ocurrió con el literato de apellido Huang.

Éste había nacido en una familia adinerada, era listo y obtuvo el título de *xiucaí*, pasaporte para participar de los Exámenes Imperiales, a una edad muy joven. No obstante nunca tuvo la suerte de aprobarlos, lo cual le causó mucha frustración y una profunda preocupación sobre su porvenir. Siendo un literato se había dedicado totalmente al estudio con el objetivo de ser funcionario, pero nunca pensó qué pasaría si no podía ser candidato. ¿Habría otro camino en su vida? Necesitaba un lugar tranquilo para reflexionar.

Un día de primavera visitó por casualidad este templo taoísta y le gustó. Decidió quedarse por algún tiempo ya que parecía un lugar ideal para ordenar sus pensamientos. Se instaló en una casa rodeada por el delicado perfume que emanaban las flores en el jardín posterior, al lado del árbol y la peonía.

Una mañana después de una gran lluvia, el literato se levantó temprano y se paró junto a la ventana a contemplar el hermoso jardín: las hojas del gran árbol brillaban bajo el sol, los pétalos caídos por el fuerte viento de la noche anterior se posaban tranquilamente sobre el pasto verde, el canto agradable de los canarios se oía por do-

quier. Pero lo que más le embriagó fue la fragancia de la peonía gigante, más intensa que de costumbre. “Seguramente hoy los pimpollos están floreciendo”, pensó.

De repente divisó a lo lejos a una joven que paseaba con gracia entre las flores. Tenía puesto un largo vestido blanco y era tan esbelta como los sauces llorones movidos por el céfiro. “¡Qué extraño!”, pensó el hombre mientras contemplaba la belleza de la joven. “¿De dónde habrá salido esta doncella? En el cercano caserío no vive ninguna familia. ¿Acaso vino a visitar el templo? Pero, ¿cómo es que una joven viene al jardín trasero de un templo sin compañía?”. Con estos pensamientos, salió para averiguar, pero en un abrir y cerrar de ojos desapareció.

A partir de ese día la doncella aparecía a menudo en el jardín, provocando cada vez más curiosidad en el hombre, hasta que un día no contuvo más las ganas de conocerla y resolvió esconderse entre una arboleda para hablarle en el momento justo.

Luego de mucho esperar, al fin apareció. Pero esta vez, la muchacha venía con otra joven vestida de verde: las dos juntas habrían hecho que cualquier otra belleza palideciera ante tanta hermosura.

Se estaban acercando al lugar del escondite, cuando de repente la del vestido verde se detuvo.

— ¿Qué pasa? —le preguntó su compañera.



— Aquí hay alguien más.

— Yo no veo nada —respondió extrañada la bella joven.

— ¿No sientes el olor a ser humano?

La joven que vestía de blanco alzó la cabeza.

— Sí, es verdad. Ahora me doy cuenta.

— Vámonos —y se dieron vuelta en ademán de irse.

Entonces, Huang no pudo aguantar más y saltó de la arboleda pidiéndoles que no se vayan. Sin embargo, las jóvenes gritaron al unísono asustadas. Sus agudas voces resonaron y echaron a correr rápidamente. Sus faldas se sacudieron con el viento y provocaron una suave brisa aromática. Huang las persiguió, pero desaparecieron detrás de una tapia. Examinó minuciosamente alrededor, pero no había ningún rastro de ellas.

Se arrepintió por haber actuado tan bruscamente, pero este fracaso sólo alimentó aún más su ansiedad. Entonces, se le ocurrió dejarles una dedicatoria sobre el tronco de un árbol con la esperanza de que la vieran y se percataran de su admiración hacia ellas. Tomó un pincel y escribió:

*“Amarga es mi admiración sin límites,
mi corazón ya no la soportaría.*

¿En dónde las busco?

Quizás estas flores ya tienen dueño.”

Volvió a su vivienda y siguió pensando en esta ex-

perencia tan curiosa. Unos ligeros pasos que se acercaron a la puerta lo llevaron de vuelta a la realidad. “¿Quién será? Los monjes casi no me visitan”, pensó y abrió la puerta dubitativo. Mas lo que vio lo dejó estupefacto: era la muchacha vestida de blanco. Huang no sabía ni qué hacer ni qué decir ante esta aparición. Estaba tan cerca que el hombre pudo observar su piel cremosa, limpia y blanca como la nieve, y percibió una sutil fragancia de flor de peonía.

La joven sonrió y dijo con una voz cantarina:

— Cuando estábamos allí afuera, apareció de improviso y se echó encima de nosotras como un bandido. Sinceramente nos espantamos. Sin embargo, ¿quién se hubiera imaginado que fuera un literato gentil y elegante? Me gustaría ser su amiga.

Huang bajó la mirada con modestia y la invitó a entrar. Le preguntó tímidamente su nombre y quiso saber un poco de ella.

Se llamaba Xiang Yu, que quiere decir “jade aromático”. Al hombre le pareció extraño que viviera sola, pero ella explicó que un monje la había condenado a vivir allí. Huang no sabía por qué, pero sintió que la explicación no era del todo verdad.

— ¿Cómo se llama el monje? Tal vez pueda vencerlo para que te quite esta pena.

— No hace falta, él no me puede hacer daño de todas maneras. Además, así puedo reunirme con un



literato como usted, ¿acaso esto es malo?

— Tienes razón —rió—. ¿Y quién era la joven vestida de verde? ¿También está condenada a vivir aquí?

— Es Jiang Xue, mi hermana jurada¹. Somos inseparables.

La doncella echó una mirada a la habitación y luego dijo:

— Bueno, sólo vine a saludarlo, ahora debo irme.

— ¿Por qué no te quedas un rato más? Todavía es temprano —la detuvo porque tenía aún muchas dudas sobre esta misteriosa joven.

Ésta vacilaba, pero Huang la convenció de quedarse a tomar una taza de té. Para eso, tomó un pequeño frasco de porcelana, lo destapó y le mostró el contenido: té verde de esa montaña, regalo del maestro Zhang del templo. Era la primera cosecha de ese año, le contó el hombre. Luego se ocupó de preparar el té y servirle a la joven. Ésta aprobó su sabor aromático y se quedó complacida, bebiendo y charlando con el literato hasta muy tarde.

Cuando llegó la hora de despedirse, la doncella se acordó de algo:

— Después de leer tu poesía, pensé en otra para acompañarla. ¡Pero no te rías de lo que escribiré! Yo no soy tan talentosa como tú.

Tomó un pincel y comenzó a escribir y recitar:

¹ No son hermanas de sangre, sino muy buenas amigas que juran ser hermanas.

*“Los momentos placenteros siempre vuelan.
La luna ya ilumina la ventana.
Mira las golondrinas del tejado,
siempre van y vienen emparejadas.”*

Después de escucharla, Huang no pudo apartar sus ojos del hermoso rostro de la joven, sonrojada por su poema. En ese instante, experimentó un sentimiento que nunca antes había tenido.

Desde muy joven había comenzado a leer los relatos históricos y los hermosos poemas de romance entre los talentosos literatos y las esbeltas mujeres con encanto y admiración. Siempre había deseado tener a una hermosa esposa que lo acompañara a pasear por un puente donde bailaran las ramas suaves de los sauces en la primavera, poder escuchar juntos cómo la lluvia tocaba las hojas de banano en las noches de verano, beber té de crisantemo al lado de una cerca de bambú en otoño y contemplar las flores rojas de ciruelo después de una nieve copiosa... Y ahora, con la aparición de esta doncella, al parecer su sueño se iba a hacer realidad.

A partir de entonces, Xiang Yu acudía a menudo a la casa de Huang. Al principio el hombre estaba un poco inquieto porque la joven no quería aclararle quién era. Tenía un poco de miedo, incluso imaginó que tal vez fuera un mal espíritu encarnado en un ser humano para perjudicarlo más tarde. Sin embargo, observó que la

